

PATRICIA FUNES, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, 440 pp. ISBN 987-574-075-6

En vísperas de la conmemoración del bicentenario de las independencias hispanoamericanas, nadie puede dudar del exitoso proceso de conformación de una veintena de Estados. Este asunto constituye toda una proeza no sólo porque en su momento, Hispanoamérica apostó por fórmulas republicanas de cara a un Viejo Mundo inmerso en una restauración monárquica y conservadora, sino y sobre todo, por haber sobrevivido a un sinnúmero de sangrientos enfrentamientos internos, a no pocas guerras entre los todavía débiles estados independientes y a varias intervenciones de potencias extranjeras. El proceso fue largo, tomó décadas delimitar fronteras y recortar poderes que, desde las regiones o desde las corporaciones de raigambre colonial, dificultaban una efectiva administración de un poder único, central. Cuando este objetivo fue alcanzado, entonces se pusieron en marcha mecanismos tendientes a gestar conciencias nacionales, a conformar identidades que amalgamaran un “nosotros” todavía difuso y ambiguo.

El resultado está a la vista. América hispana rompió el vínculo colonial y se “balcanizó”, pero lo hizo de una vez y para siempre. Los reclamos por alcanzar nuevas soberanías nacionales hace muchos años que no integra el horizonte de problemas que enfrenta este continente. Sin embargo, a pesar de este exitoso proceso, no deja de sorprender la invisibilidad de Iberoamérica en las principales reflexiones teóricas que, desde hace más de dos décadas, se han dedicado a explorar el origen de las naciones y del nacionalismo. Autores ya clásicos como Ernest Gellner, Benedict Anderson, Pierre-André Taguieff, Anthony Smith y Pierre Breully han dedicado una superficial atención al caso hispanoamericano, cuando de esta experiencia podría extraerse enseñanzas útiles en torno de procesos ya centenarios de constitución de naciones en el mundo extraeuropeo.

Esta ausencia de referentes iberoamericanos en la reflexión teórica contemporánea ha empezado a saldarse a partir de una cada vez más frondosa historiografía dedicada a indagar, sobre todo para el siglo XIX, las intercepciones entre el campo de la política y el de la cultura en la conformación de las naciones Iberoamericanas. Patricia Funes forma parte de esta nueva generación de historiadores, pero su esfuerzo apunta a un momento muy preciso del siglo XX.

*Salvar la Nación* explora los contenidos y las intenciones que adoptó la reflexión sobre la nación entre los intelectuales latinoamericanos durante los años veinte. La elección de esta década no es fortuita:

[...] la crisis de la Gran Guerra genera en el mundo de las representaciones, dudas y rumbos suficientemente significativos como para tomarlos en cuenta; por otra parte, la crisis de la economía capitalista, menos por Wall Street que por la dramática constatación de la erosión del sujeto liberal, también impone un continente de sentidos

señala la autora para remarcar: “los años veinte son años de tránsito, de ideas nómades [...] los años veinte tienen un carácter coloidal, tanto así como fundacional de muchas tradiciones intelectuales, culturales y políticas del siglo XX latinoamericano”. *Salvar la nación* fue la consigna de una generación de intelectuales que, ante el derrumbe civilizatorio, consecuencia de la primera guerra mundial, intentó caminos indisciplinados, heterodoxos y autóctonos, para pensar las realidades sociales en esta orilla de planeta.

Pedro Henríquez Ureña sentenció en 1925: “No es que tengamos brújula propia, es que hemos perdido la ajena” y en efecto, ante el suicidio de los “bárbaros” europeos proclamado por José Ingenieros, cuatro años antes, y la rapacidad del expansionismo estadounidense, América Latina en toda su inacabada modernidad se convirtió en objeto de nuevas inquietudes, de estimulantes diagnósticos y de una imaginación política que llegó a proclamar

el arribo de la hora “Indoamérica”, de Eurindia, entre otros tantos nombres acuñados en aquella década.

Patricia Funes se propuso repensar a los pensadores de aquella década y lo hizo hurgando en el ancho universo ensayístico de argentinos, mexicanos y peruanos. Estos tres espacios son motivo de particular estudio, aunque por momentos, las temáticas se ensanchan para abarcar a Brasil, Cuba, Bolivia y Centroamérica.

Lejos de reproducir el repertorio completo de los autores estudiados, para el caso mexicano destacan José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Manuel Gamio, Manuel Maple Arce, Mariano Azuela, Vicente Lombardo Toledano, Andrés Molina Enríquez, Jorge Cuesta, Julio Jiménez Rueda y Antonio Caso. Perú se hace presente en las obras de José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Manuel Seoane, José Santos Chocano, Francisco García Calderón, Manuel González Prada, Víctor Andrés Belaúnde y Luis Valcárcel; y el caso argentino se estudia a través de la ensayística de Jorge Luis Borges, Ernesto Palacios, Ricardo Rojas, José Ingenieros, Alfredo Palacios, Julio y Rodolfo Irazuzta, Leopoldo Lugones, Ricardo Güiraldes, Manuel Ugarte, Manuel Gálvez y Oliverio Girondo, pero también, la autora rescata a los cubanos Nicolás Guillén y Fernando Ortiz, al costarricense Joaquín García Monge, al dominicano Pedro Henríquez Ureña y al brasileño Mario de Andrade, entre muchos otros.

¿Qué permite otorgar coherencia a un abanico tan heterogéneo de autores e ideas? El punto de partida es reconstruir un diálogo, cuando lo hubo, entre tradiciones intelectuales diversas, con la intención de desentrañar los mecanismos de construcción de narrativas nacionales en Latinoamérica.

El libro da inicio con un análisis del espacio, del tiempo y la naturaleza de los protagonistas. Se exploran los años veinte, las formas políticas y las dimensiones culturales capaces de producir la ensayística en la que se fundamenta la obra. Se pasa revista a los intercambios con Europa, pero también con otras realidades como la Tur-

quía de Mustafá Kemal Atatürk, la China del Kuo Ming Tang o la lucha de Abd El Krim en Marruecos. Todos estos intercambios son motivo de una reflexión encaminada a delinear los mecanismos que hicieron posible una “vuelta a las raíces”, una vuelta que permitió la emergencia de lo negro, de lo indígena, del campesino y el paisaje en los imaginarios nacionales de las sociedades latinoamericanas.

Resulta revelador el abordaje de los protagonistas de esta historia: los intelectuales. La autora consigue delimitar las especificidades de esa actividad en los años bajo estudio reconstruyendo dos tradiciones; por un lado, la del intelectual ligado a los problemas sociales, a manera de voz crítica que se expresa sobre todo en el campo de la política; y por otro, el intelectual como baluarte de una conciencia moral distanciado de una cotidiana conflictividad social. Sobre esta base, se reconstruyen las tradiciones y las herencias que definen la naturaleza de la ensayística latinoamericana en los veinte. Pero también se explora a una generación de intelectuales, que a diferencia de quienes los precedieron, convirtieron el espacio cultural en un terreno privilegiado para la actuación política.

Patricia Funes escogió cinco problemas para abordar la reflexión intelectual sobre la nación, cinco problemas planteados en términos de proposiciones. La primera, se refiere al significado de la frase “salvar la nación” que aparece con insistencia en los ensayos estudiados. A partir de esa frase se indagan las relaciones entre nación, crisis y modernidad. *Salvar la nación* se erige en una tarea de los intelectuales, de cara a una crisis que impugna, colapsa o erosiona los presupuestos nacionales de un antiguo orden que desde el último tercio del siglo XIX afirmó sus perfiles más excluyentes.

La novedad — advierte Funes — con respecto a la reflexión precedente es que la nación ya no es considerada un atributo, un perímetro que acompaña o completa al Estado, sino que es el lugar de condensación de las complejidades y contradicciones sociales en el contexto de una modernidad esquiva y ecléctica, pero advertible (p. 69).

Para la intelectualidad latinoamericana, tradicionalistas o vanguardistas, reformistas o revolucionarios, la nación ocupa y preocupa. La nación se convierte en el principio crucial desde donde cambiar el orden social, o por el contrario, ordenar el ineludible cambio. Un mosaico de interpretaciones se despliega en torno de la nación, cada una de ellas, desde la recuperación del *inkario* hasta las potencialidades de la religión católica, son motivo de estudio tratando de desentrañar la articulación de tradiciones antiguas y modernidades periféricas en la gestación de nuevos horizontes mentales capaces de “salvar la nación”.

La segunda proposición, atiende a las estrategias de incorporación de los hasta entonces excluidos. En los años veinte se agotan dos tradiciones desde donde se concibió la nación: la liberal, fundada en el concepto de ciudadanía, y la positivista interesada en la morfología racial. Ambas clausuraban el pasado y por esta vía dejaron fuera de los contornos nacionales a amplias mayorías de las sociedades latinoamericanas. Entonces, la novedad fue buscar fórmulas para ensanchar la nación, apelando al pasado, a las tradiciones, a los orígenes y convirtiendo a los antes excluidos en el soporte de las nuevas representaciones nacionales.

La tercera proposición refiere al descubrimiento de ese otro externo de avasalladora presencia en América Latina de los veinte: el imperialismo estadounidense. Este asunto delineó un espacio de coincidencias a escala continental, marcó estrategias y definió un destino, de suerte que conceptos como independencia, nacionalismo, soberanía y patriotismo asumieron nuevos significados, apelando a una nación que debía construirse en abierto desafío a un “afuera” imperial.

La cuarta proposición atiende al valor de la literatura como reveladora de los sentidos que asumirá la nación. Funes reconstruye las polémicas en torno al idioma, a la existencia de una literatura nacional y a la construcción de un canon literario. La investigación histórica transita territorios literarios para advertir que, sobre el

conjunto de los discursos intelectuales de la década del veinte, las reflexiones sobre la lengua constituyen un mirador privilegiado para aproximarse a los contenidos de lo nacional. Estas preocupaciones no eran nuevas, pero la novedad, indica Funes, fue la interlocución entre lo culto y lo popular, sobre el uso del español y el de las lenguas indígenas, mientras que

[...] la revisión del canon literario, la discusión sobre los precursores, la ampliación de las autoridades y precedencias, las formas de datar y compendiar las historias literarias, ponen de manifiesto tópicos neurálgicos de la nación: autonomía-imitación, particularismo-universalismo, razón-emoción, tradición-modernidad, que contribuyeron a definir fuertes y fundantes imaginarios nacionales de un proteico contenido simbólico y de una dilatada vigencia (p. 259).

El libro concluye con una quinta proposición localizada en el campo de las ideologías políticas. La década de los veinte se inaugura con la crisis de un paradigma civilizatorio y se clausura con la crisis del orden capitalista, entre ambos extremos, América Latina busca principios alternativos de legitimidad política. El llamado orden oligárquico comienza a desmoronarse ante la impugnación de nuevos actores sociales que reclaman espacios de participación; en tal sentido, la reflexión intelectual atenderá cuestiones medulares como la democracia y sus adjetivos, el nacionalismo conservador y el revolucionario, el socialismo y las estrategias organizativas. En función de ello, “la frase *salvar la nación*, también puede interpretarse como la imperiosa necesidad de ser salvados por ella” (p. 324). Los años veinte vieron emerger tres experiencias políticas de marcada significación: el radicalismo argentino, el aprismo peruano y el partido de Estado en México, pero también las propuestas maristeguianas de un socialismo de cuño nacional, así como las vertientes filofascistas del nacionalismo argentino. Un auténtico crisol de propuestas que, a pesar de sus marcadas diferencias, compartieron

el hecho de invocar a la nación como fuente de legitimidad, “la nación como puerta de entrada al reino de la armonía” (p. 401).

Sin duda alguna, los resultados que exhibe esta investigación constituyen un aporte sustancial al estudio de la construcción histórica de la nación en América Latina. La autora realizó una erudita y original indagatoria sobre el pensamiento de los principales productores de significados de lo nacional, articuló ese mundo de ideas en grandes núcleos de referencia: la política, la literatura, la lengua, los grandes otros (indígenas, inmigrantes, mestizos, negros, campesinos y obreros) para demostrar la efectividad que asumió la narración nacional al reforzar lazos sociales, consolidar poderes, reproducir hegemonías y dominaciones, pero también al subvertir órdenes sociales transformando viejas pertenencias en nuevas solidaridades.

Pablo Yankelevich

*Escuela Nacional de Antropología e Historia*